



La procesión subiendo hacia el santuario.

LA FIESTA DE SANTA CRISTINA, EN LLORET DE MAR

JOAN DOMENECH MONER. Director del Museo Municipal

El pueblo de Lloret de Mar rinde culto, desde tiempo inmemorial, a Santa Cristina en un santuario situado en un promontorio sobre el mar, a unos cinco kilómetros de la población. Dos veces al año los lloretenses se dirigen a dicha ermita para celebrar actos litúrgicos y profanos multitudinarios: el segundo domingo de Cuaresma y el 24 de julio, fiesta de la Patrona. Vamos a centrarnos en esta segunda efemérides.

Es difícil establecer con precisión cuándo empezaría en Lloret la devoción a Santa Cristina. Sin embargo, tenemos las primeras noticias de la capilla en 1376, lo que nos hace pensar que posiblemente el culto allí rendido sería el resultado de una de las diversas devociones importadas de Italia con las relaciones comerciales de la Baja Edad Media, cosa que vendría corroborada por la entronización igualmente en Lloret de la devoción a la Virgen de Loreto, a Santa Rosalía, etc., de origen italiano también, además de otras prácticas, tradiciones e incluso modismos del mismo origen. (Un barrio lloretense, por ejemplo, se llama de Venecia; las viejas comadres decían «no li pieja» en el sentido de «no le agrada», a todas luces calcado del «non li piace» italiano; una imagen del santuario citado lleva el nombre al estilo italiano: San Sebastiano, etc.)

Cabe suponer, por tanto, que los antiguos lloretenses, tanto el segundo domingo de Cuaresma como el día 24 de julio, se desplazan a pie, en romería, por el viejo camino vecinal de Lloret a Blanes, hasta Santa Cristina. Por las anotaciones que dejó el obispo Andreu Bertran en su visita del año 1423, sabemos, efectivamente, que el 24 de julio se iba a celebrar misa y segundas vísperas en la ermita. El itinerario atravesaba dos o tres cursos fluviales que, aunque muy discretos en circunstancias normales, si se terciaba que caía algún chaparrón torrencial alrededor de aquellas fechas, dificultaban el paso de la romería. Esto y la práctica que los

lloretenses tenían en el manejo de las barcas, llevó a que muchos de ellos optaran por hacer el viaje por mar y que esta forma se generalizara casi de forma total. La piedad de los lloretenses hacia Santa Cristina dio sus frutos hacia finales del siglo XVI. En 1591 obtuvieron de Roma la reliquia de una costilla de la Santa mártir y ello acrecentó más, si cabe, la devoción hacia la Virgen italiana. Dicha reliquia era llevada desde el templo parroquial hasta el santuario en cada una de las romerías.

La década final del siglo XVI era, también, la época del párroco Jaime Felip Gibert, hombre de talante renacentista, oriundo de Barcelona, acostumbrado a las grandes pompas, que se empeñó en reglamentar todos los usos y costumbres parroquiales. Gibert restituyó la romería o procesión a Santa Cristina por tierra. Sin embargo, igual que con otras cosas que Jaime F. Gibert pretendió imponer, el párroco se encontró con una tradición ya muy enraizada y no se tardó en volver a la romería marinera. En la Consueta del párroco Llorens (1630) consta, de nuevo, que la mayor parte del pueblo va por mar. Entre otras cosas, se precisa, en catalán antiguo que traducimos:

«Advierta el párroco que, desde la orilla del mar, allí en Santa Cristina, cuando son desembarcados Jurados, prohombres y el Cirio, con la reliquia, van subiendo hacia arriba con solemnidad de música y los sacerdotes cantan un himno por el camino.»

La hora de inicio de la romería —con la reliquia, las banderas de las cofradías y el tabernáculo de la Santa— era, en aquellos tiempos, muy temprana: se salía a las seis de la mañana, al despuntar el sol.

Hay constancia de que en 1708, dos embarcaciones se embistieron involuntariamente y quedaron algo dañadas. Las barcas que se usaban eran las llamadas «llaguts», es decir, embarcaciones de casco largo y es-

trecho, semejantes al falucho, de un solo palo con vela latina, que se utilizaban para la pesca y que pervivieron durante mucho tiempo y en las últimas épocas se utilizaban sin palo y vela y sin cubierta, movidos a remo, siendo conocidos entonces con el nombre de «caros». Tenían cuatro bancos para los remeros y medían de seis a ocho metros de eslora.

A partir de 1725, se obsequiaba a los pescadores y marineros que tripulaban las embarcaciones con un refresco. Más tarde, se les preparó un buen ágape —del que hablaremos con más detalle— que degustaban mientras la gente devota asistía al oficio solemne. Así, los bravos remeros reponían fuerzas para emprender el viaje de regreso.

El obispo de Gerona Tomàs de Lorenzana, en el sínodo de 1778, prohibió las procesiones excesivamente largas, por las irreverencias a que daban lugar en más de una ocasión y fijó como distancia prudencial el trayecto que terminaba en el límite del casco urbano. Se prohibía, pues, ir más allá. Naturalmente, esta disposición chocaba con la tradicional procesión que los lloretenses celebraban y el Ayuntamiento, en nombre del pueblo, protestó. La solución que se encontró consistió en considerar que el trayecto por mar no era procesión y que ésta venía definida por el itinerario desde la iglesia a la playa y no se reconstituía hasta que los romeros estaban en la playa de Santa Cristina, para subir entonces hasta el santuario.

Y así ha llegado hasta nuestros días. Por supuesto que, con la evolución de Lloret de Mar las embarcaciones han ido cambiando con los años. Se extinguieron los «llaguts» o «caros» de las viejas formas de pesca. Fueron sustituidos por «traïnes», barcas de pesca de mayor cuba y dedicadas habitualmente a la pesca del mismo nombre, impulsadas a motor. Pero con el advenimiento del turismo de masas desapareció prácticamente la pesca en Lloret —excepto el caso de unos cuantos románticos— y con ella las barcas y hoy, la gente que va a la procesión utiliza embarcaciones y cruceros de recreo, aunque últimamente las entidades lloretenses han adquirido ocho «llaguts» recién construidos, con los cuales evocan la estampada de años atrás y han recuperado la regata llamada de «S'amorra, amorra» que se efectúa al llegar a Santa Cristina, en la ida, y al regresar a Lloret, a la vuelta.

Pero veamos, tras estas pinceladas generales históricas, cómo se desarrolla realmente esta procesión.

A las siete y media de la mañana, los Obreros o Administradores del Santuario y Patrimonio de Santa Cristina, que son cuatro, acompañados de orquesta, hacen un pasacalle por las principales vías de la población, anunciando la próxima salida de la procesión. De hecho, la víspera de la fiesta, a las nueve y media de la noche y con idéntico fin, los cuatro Obreros ya han hecho dicho recorrido, que se inicia y termina en la plaza del Ayuntamiento. Al término del pasacalle matinal, los cuatro Obreros van a recoger a las Autoridades Municipales y todos, nuevamente en comitiva y siempre con acompañamiento de orquesta, se dirigen a la Iglesia Parroquial donde esperan la Clerecía y los devotos, los portadores de las banderas de las diversas cofradías así como las Obreras del santuario, cuatro doncellas elegidas por la Asamblea de la Obrería y que toman posesión de sus cargos el segundo domingo de Cuaresma, en el llamado «Aplec dels Perdons» (Romería del Perdón), organizado antiguamente como acto de desagravio después de los excesos del Carnaval. A diferencia de los Obreros, cuya gestión de tipo administrativo dura cuatro años, las Obreras se renuevan anualmente, cosa explicable porque su protagonismo es más bien honorífico, circunscrito al cuidado de la Santa y, por otra parte, va relacionado con la interpretación de una danza, la tarde del día de Santa Cristina, cosa que justifica la periódica renovación de las titulares, puesto que son muchas las señoritas que lo solicitan y, por la edad —sobre los 20 años— bastantes se casan pronto, por lo que, en lo sucesivo, deben atender ya otras obligaciones.

A las ocho de la mañana sale la procesión del templo parroquial, con cruz alzada, seguida de las banderas de las diversas cofradías portadas por un miembro de cada embarcación representativa y los tabernáculos con las imágenes de San Elmo, patrón de los marineros, San Jaime y Santa Cristina. Junto a la imagen del primero van los Obreros de la Cofradía de San Elmo, vieja institución de la gente de mar fundada en Lloret en el siglo XVIII, la cual, tras pasar por un largo letargo, ha renacido hace unos años y tiene, actualmente, una mayor presencia, reconvertida, eso sí, hacia el campo cultural y tradicional. A dicha cofradía y especialmente a su Obrero Mayor Agustí M.^a Vilá y Galí se debe básicamente la publicación de dos libros sobre la marina velera lloretense de los siglos XVIII y XIX.

Junto a la imagen de San Jaime o

Santiago iban antes cuatro Obreros representantes de los jóvenes solteros de la población. Delante del tabernáculo de Santa Cristina van las Obreras, todas generalmente de blanco, acompañadas cada una de un niño ataviado a modo de ángel. Uno de ellos recibe el nombre de «ángel porrer». También acompaña a las Obreras y va al lado de la que jerárquicamente ocupa el primer lugar, una señora mayor, llamada «la marabedessa», a modo de mujer de confianza, que antaño tuvo posiblemente una función más bien servil (asistir a las Obreras si había que recoger o llevarles algo, etc.) y que, con los años, ha ido adquiriendo un tono más noble, en el sentido de tener un protagonismo como persona de experiencia que asesora las jóvenes Obreras a lo largo del año. Al tabernáculo de la Santa Patrona sigue la música y, luego, van los devotos y las Autoridades locales que acompañan al cura-párroco —que es portador de la reliquia de Santa Cristina— y otros sacerdotes asistentes. La procesión se encamina hacia la playa, mientras las campanas doblan alegremente. En la playa esperan ya las embarcaciones que deben trasladar a los participantes hasta la playa de Santa Cristina. Antiguamente, como hemos dicho antes, eran los laúdes las barcas usadas. Nueve de ellos llevaban, al margen del nombre propio, el de la cofradía o institución que representaban. En los momentos de mayor esplendor había los laúdes conocidos por «L'Ajuntament», «Santa Cristina», «Ses Obreres», «Sant Elm», «Sant Roc», «Sant Antoni», «Sant Isidre», «Sant Jordi» y «Sant Pere». Cada embarcación iba engalanada a la usanza veneciana —otra prueba de aquellos contactos con la península itálica a que antes aludíamos, según los entendidos— con un añadido a proa, en forma de mascarón, con la efigie del santo patrón o el distintivo de la entidad y el nombre de la cofradía en otro añadido a popa. Estos complementos proporcionaban la sensación de mayor longitud a la embarcación e incluso le daban un aspecto que recordaba, como hemos dicho, las góndolas venecianas. En cada embarcación se depositaba la bandera de la institución correspondiente y la comitiva se distribuía en ellas. En los momentos de la navegación a remo pocos individuos podía llevar la barca, a excepción de los remeros, como no fueran algún sacerdote, o uno o dos músicos sentados en el castillo de proa.

Cuando la procesión llegaba a la playa, las imágenes de los santos Elmo y Jaime, así como algunos

ornamentos y otros elementos que dificultarían los movimientos de quienes los llevaban, quedaban depositados en una tienda hecha a base de cuatro o cinco palos, antenas y fragmentos de velas de barco. Curiosamente, la última tienda de esta guisa que recordamos llevaba pintadas las letras de la palabra «Donativo» en uno de los laterales, aludiendo, sin duda, al origen de semejante artefacto. Pero la capacidad de adaptación semántica de la gente dio lugar a que, para algunos, la palabra «donativo» pasara a ser sinónimo de tienda, hasta el punto de que, en los inicios del turismo nacional, cuando algunos visitantes planaban sus bártulos y sus tiendas de campaña en las playas o lugares próximos, algunos viejos lloretenses comentaban que «unos forasteros habían instalado un *donativo* en tal o cual lugar»...

El único tabernáculo que se embarcaba era el que llevaba la imagen de Santa Cristina y lo hacía en la barca del mismo nombre, la cual, además, era considerada por esta razón, la nave capitana y si en la procesión tomaba parte algún viejo marinero o piloto de altura de la antigua marina mercante del siglo XIX, que tan importante fue en Lloret, o alguna persona calificada en las artes de navegar, se le concedía el privilegio de llevar el mando de la expedición, dirigir las maniobras y se le llamaba, en un rasgo medio de respeto medio de ironía, «el Almirante».

Los laúdes salían de la playa, se adentraban en el mar, daban una vuelta delante de la bahía lloretense y se dirigían hacia la playa de Santa Cristina. Antes, sin embargo, al pasar delante de la playa de Fenals —nombre que alude a una planta gramínea que crecía en ella— y justo en el momento en que a lo lejos se divisaba el santuario de Nuestra Señora de Gracia, también muy querido por los lloretenses y antes cuidado precisamente por los pescadores y conocido, también, bajo la advocación de Sant Pere del Bosc, los remeros alzaban los remos en señal de salutación a la Virgen y la clerecía y los devotos entonaba la «Salve Regina».

En realidad, hoy, todos estos detalles, todas esas tradiciones, se han mantenido igual adaptándose, de todas formas y por necesidad, a los tiempos y usos modernos. Como apuntábamos al principio de este artículo, los laúdes dieron paso a los «caros de l'Art» —el «art» es una pesca de arrastre que se practicaba en Lloret y otras partes, sobre todo en épocas de pobreza y del que se

podrían escribir muchas páginas de detalles costumbristas—, luego se extinguieron aquéllos y tomaron protagonismo las barcas de la traña, pero a partir de 1960, a medida que aquéllas también fueron desapareciendo porque Lloret de Mar ya había jugado la carta del turismo y, poco a poco, las familias de pescadores preferían colgar las redes a modo de decoración en un establecimiento hotelero en vez de echarlas al mar a diario, fueron sustituidas por embarcaciones de recreo, más seguras incluso, pero desprovistas del encanto y de la poesía de las otras. Los mascarones que había que montar el día de la procesión ya no encajaban tan bien, etc. Cuando desapareció la última traña —que, por cierto, se guarda en una plaza, cerca del santuario— hubo que escoger entre las embarcaciones de recreo la que fuera más digna para llevar la imagen de la Santa y así, desde hace cinco años, la nave capitana es precisamente un airoso velero, movido a motor por supuesto, que incluso en su andadura normal ya lleva el nombre de Santa Cristina y que su propietario pone gentilmente a disposición de la Obrería cada año. Evidentemente, si todas las embarcaciones ya estaban motorizadas, se hacía cada vez más difícil mantener el recuerdo de la romería marinera de antaño y ya no había remos para alzar durante el canto de la Salve ni otros detalles... La Obrería —que lleva el peso de la organización y el patrocinio de la fiesta— halló la forma de recuperar la vieja tradición remera: pagó la construcción de un «llagut» construido en los astilleros de San Carlos de la Rápita —no ya de madera, que sería de más difícil conservación, sino de materiales sintéticos, aunque con una idéntica apariencia— y animó otras entidades de Lloret para que hicieran un gesto parecido. El Ayuntamiento fue el primero en adherirse a la idea y siguieron la Cofradía de San Elmo, el Gremio de Hostelería, la Cofradía de Pescadores, el Club Náutico, el Club Marina e, incluso, una agrupación femenina creada exprofeso —llamada «Es Vano»— que quiso demostrar que también las mujeres podían practicar con éxito dicha actividad. Por tanto, prácticamente se ha recuperado ya el número de embarcaciones de antaño y se han mantenido, a la vieja usanza, los mismos nombres de las cofradías pretéritas con alguna salvedad lógica: de momento, por ejemplo, ha quedado descolgada la de San Antonio, justificada antiguamente por el apreciable peso específico de la gente del campo, y se ha introducido la de

Santa Marta, que es la patrona del Gremio de Hostelería, abrumadoramente mayoritario hoy, en Lloret. La tradición se ha conciliado, pues, con la realidad.

Por otra parte, hoy, en cada uno de los laúdes, van ocho remeros y el timonel. La gente que asiste a la romería lo hace en embarcaciones de recreo particulares o en los cruceros de gran cabida que se suman a la fiesta y transportan los romeros gratuitamente. Unas dos mil personas se trasladan así a Santa Cristina.

Tanto el itinerario que sigue la procesión por las calles de Lloret como el que sigue la romería por mar, son exactamente los mismos de antaño. La recuperación de los «llaguts» ha permitido volver a recobrar el detalle de los remos alzados, a la vista del santuario de la Virgen de Gracia, estampa que tiene un auténtico valor emotivo. También debemos anotar otra variación: el tabernáculo con la imagen de Santa Cristina, que antiguamente llevaban a hombros los pescadores o marineros, muchos de ellos con pies descalzos —aunque el origen de llevarlo era por obligación, más que por devoción— lo llevan ahora cuatro jóvenes que son los que, luego, por la tarde, bailan la «Dansa de les Almorratges» con las cuatro Obreras.

Habíamos dejado la romería en su paso ante la playa de Fenals. Sigamos, Una vez cantada la Salve se reemprende la romería marítima poniendo proa hacia la playa de Santa Cristina. En la actualidad, tanto la nave capitana como las barcas de recreo o de pesca que la acompañan, van atracando ordenadamente en la playa, ordenadamente, procurando no estorbarse unas a otras y reservando el punto donde hay más profundidad para que se sitúen allí las embarcaciones recreativas de más calado, que llegan atestadas de gente. De las barcas de pesca descienden, también, los romeros mediante improvisadas escaleras —las mismas parihuelas que servían para recoger la red y trasladarla, puestas en sentido vertical— sorteando el vaivén de las olas, y, a veces, más de uno, por calcular mal el alcance de su salto, pilla algún remojón. La recuperación de los «llaguts» ha traído consigo la recuperación de la regata a remo que constituía el aspecto más espectacular de la llegada a Santa Cristina. Esta regata —«S'amorra, amorra» («amorrar» quiere decir, —llegar, quedar varado)— que ya se practicaba antiguamente con los laúdes de madera, se inicia a unos 500 metros de la playa, a la señal dada por la autoridad competente. Las tri-

pulaciones emprenden veloz carrera hacia la playa mientras los músicos van interpretando una música popular alegre, conocida por el «toquen a córrer» (tocan a correr), que es uno de los tiempos en que se divide el «Ball de Plaça» de la tarde. La gente sigue con gran expectación las evoluciones de los remeros y corre hacia la orilla para ver con exactitud qué embarcación toca primero la arena con su proa. Actualmente, la victoria es puramente honorífica. Antaño, al «llagut» vencedor se le obsequiaba con un cordero.

Una vez desembarcados todos los participantes, se reorganiza la verdadera procesión en la misma playa y se emprende la subida por la cuesta que conduce hacia el santuario, mientras las campanas de éste saludan, alborozadas, la llegada de toda la comitiva.

Ya en el templo, suntuoso edificio del siglo XVIII, alzado sobre los restos de una ermita del siglo XIV por lo menos, se celebra el Oficio Solemne en honor de la Santa, con la intervención del coro parroquial «Alba de Prima». Se cantan los «Goigs» o coplas de Santa Cristina, tanto la versión antigua, cuya letra se atribuye al párroco Gibert, del siglo XVI, como la versión nueva, con música del monje de Montserrat Odiló Planàs y letra del gran poeta catalán Josep Carner. Al término de la ceremonia, los devotos van a besar la reliquia de Santa Cristina, que sostienen las Obreras y que consiste en una muela que en su día fue extraída del cráneo de la Santa. Este, desprovisto de su mandíbula inferior se guarda en un relicario en el altar del camarín situado en la parte posterior del altar mayor. Dicha reliquia, considerada insigne, fue obtenida de Roma en el año 1783. Anteriormente, en 1708, se había obtenido otra consistente en un fémur, que era la que se llevaba en la procesión. Tanto el fémur como la costilla obtenida en 1591 desaparecieron con la Guerra Civil, y el primero fue sustituido por la citada muela, colocada dentro de un relicario portátil de plata.

Antiguamente, en el transcurso de la misa, se renovaban los Obreros o Administradores del Santuario, mediante extracción de nombres escritos en unos papeles enrollados colocados en el interior de una bolsa, como consta en documentación de 1720. A finales del siglo XIX eran los Obreros salientes los que proponían a los nuevos. Hoy, es la asamblea de asociados a la Obrería la que elige los nuevos dirigentes y éstos, a su vez, eligen a las Obreras de entre las doncellas que lo solicitan. La elección suele llevarse a cabo unos días antes



La romería marítima cuando todavía quedaban barcas de pesca.

del llamado «Aplec dels Perdons» en cuya ceremonia litúrgica toman posesión, precisamente, las nuevas Obreras. Los Obreros, cuando hay renovación, toman posesión efectiva el día 24 de julio, festividad de Santa Cristina.

A la salida de la celebración eucarística, autoridades, dirigentes de la Obrería, músicos, invitados y pescadores, se reúnen en un fraternal ágape en la plaza del mirador que hay junto al santuario, alrededor de un corpulento y casi milenar pino, a cuya sombra se cobijó el año 1934 el Consejo Ejecutivo de la Generalitat de Cataluña, reunido en sesión de trabajo. Los asistentes degustan un sabroso «estofat» (guiso de patatas y carne) que en una monumental cazuela metálica prepara el cocinero titular del hostel que hay contiguo al santuario. Dicho estofado se ofrecía antes únicamente a los pescadores, los cuales —como se deduce de nuestras anteriores explicaciones— tomaban parte en la procesión como meros transportistas y, por tanto, debían reponer fuerzas con una buena comilona. Esta, por otra parte, se distribuía mientras los devotos todavía asistían a la Santa Misa, cosa que corrobora que cada uno iba a lo suyo. La Obrería, por su parte, una vez finalizada la ceremonia litúrgica, era obsequiada junto con las autoridades y los invitados, por el arrendatario del hostel, con un desayuno en uno de los comedores del mismo. Hoy, sobre todo al extinguirse los pescadores profesionales y al ejercer como tales quienes tienen embarca-

ciones del tipo que sea, se ha unificado y democratizado todo el ceremonial. Las 500 raciones de estofado se reparten entre todos los asistentes, ya sean autoridades, Obreros o pescadores. Todos, en buena hermandad, toman asiento a lo largo de unas mesas dispuestas en la plaza del mirador y degustan el plato, con un buen vino y un puro para terminar, todo ofrecido por la Obrería de Santa Cristina. A título anecdótico, hagamos constar que el estofado se confecciona a base de 300 kilos de patatas, 130 kilos de carne de jarrete y pecho de ternera, 10 kilos de guisantes y un condimento preparado con ajo, perejil y azafrán. Si sobra comida —como sucede siempre— los espectadores se acercan igualmente a degustar el sabroso plato. Quede claro, de todas formas, que, en principio, el estofado va destinado a los tripulantes de las embarcaciones. Ya en los contratos de arrendamiento de la carnicería municipal de Lloret de mediados del siglo XVIII consta en uno de los artículos que el arrendatario deberá aportar una determinada cantidad de carne —cinco libras de carne de carnero en 1749, por ejemplo— para la comida que se ofrece a los remeros el día de Santa Cristina.

A las once y media, poco más o menos, se reúne de nuevo toda la comitiva y se vuelve a formar la procesión, la cual abandona el santuario y desciende hacia la playa, donde embarca una vez más. El recorrido marítimo es exactamente el mismo que a la ida, si bien ahora a la inversa. En esta ocasión la romería no se detiene para cantar la Salve ante la playa de Fenals. Al penetrar en la bahía lloretense, el séquito mariner da una vuelta entera a la misma y alcanza la playa. Acto seguido, los ocho «llaguts», desde una distancia también de 500 metros, emprenden otra regata ante la expectación de propios y extraños, para ver quién llega primero. La extraordinaria concurrencia que registra a diario, en verano, la playa de Lloret, exige que se tomen muchas medidas de seguridad e incluso que dicha regata se efectúe por separado, cuando en los años anteriores a la Guerra Civil la regata de los «llaguts» no era nada más que la llegada competitiva de una parte de los participantes en la romería.

Llegados y desembarcados todos y terminada la regata, vuelve a organizarse la procesión, la cual, pasando por detrás del Ayuntamiento, enfila la calle que conduce al templo parroquial, donde concluye. Todo el mundo vuelve a sus casas, excepto

las Obreras, las cuales, acompañadas de los jóvenes que ellas mismas han escogido, aprovechan el medio día para reunirse con los músicos en el Pabellón Municipal y ensayan por última vez el «Ball de Plaça» que unos y otros interpretarán por la tarde, en olor de multitudes.

Dicha danza se baila desde tiempo inmemorial. Posiblemente viene de un antiguo Baile del Cirio de toma de posesión de nuevos Obreros o administradores. Se bailaba delante de la casa del Paborde o representante en Lloret del Capítol de Canónigos de Gerona que, hasta comienzos del siglo XIX fue el auténtico señor feudal de la villa. Siguiendo esta tradición se continuó la danza en el mismo lugar —antiguamente la plaza principal, hoy Plaza de España— hasta hace pocos años, cuando se pasó a bailar delante de la Casa de la Villa, sede de las autoridades actuales. De hecho, el Consistorio se sitúa en primer término, en la misma plaza, y recibe el homenaje de los bailarines.

A pesar de que la música —que es sólo una parte de la que antiguamente debió interpretarse —parece un exponente del siglo pasado o del XVIII como máximo, el origen de la danza parece tener una indudable ascendencia árabe, como se puede comprobar por el uso de un jarro de cristal de cuatro picos, llamado almorraja (en catalán «almorrajta»), que llevan los caballeros y ofrecen, luego, a la respectiva pareja. Este vaso va lleno de agua perfumada (agua de rosas). El uso de la almorraja no es, por cierto, privativo de Lloret. Antiguamente se extendió por todo el Maresme —comarca comprendida entre la Costa Brava y Barcelona— y en algunas villas —Arenys de Mar, por ejemplo—; todavía subsiste ligada a diversas ceremonias y tradiciones locales.

Se cuenta que, en épocas en que la costa catalana era atacada a menudo por los moros, llegó a Lloret un rico potentado de este origen o raza, el cual, al asistir a una sesión de la danza tradicional, quedó impresionado por la belleza de una lloretense y se propuso bailar con ella. Como prueba de su afecto le ofreció la almorraja, llena de perfume y símbolo de su poder y riqueza. La doncella, que prefirió seguir fiel a su tierra y a su religión, repudió al árabe y echó al suelo la almorraja de cristal.

Actualmente, el «Ball de Plaça» (Baile de Plaza) o «Dansa de les Almorrajtes» se baila cada año los días 24 y 26 de julio, el primer y tercer día de la Fiesta Mayor. Antes se bailaba los tres días. Los protagonistas son cuatro parejas, vestidas de largo, por

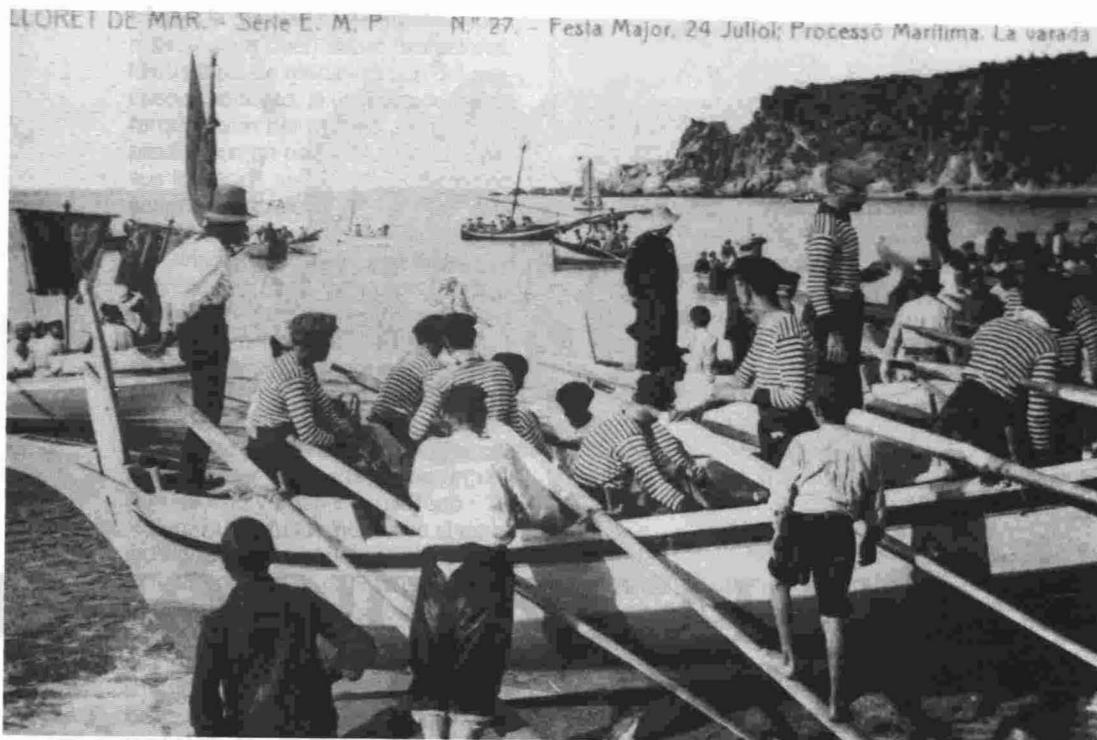


Foto antigua de los «llaguts» de antes, con los remeros preparados para salir.

lo general de blanco y muy elegantes las doncellas, y los chicos también dignamente ataviados con trajes de etiqueta. En el siglo pasado y a principios de éste, los caballeros bailaban vestidos de chaqué y sombrero de copa. Las señoritas son las cuatro Obreras de Santa Cristina. Los Obreros son, como ya hemos apuntado más arriba, cuatro administradores del patrimonio del Santuario de Santa Cristina, elegidos para períodos de cuatro años, que, debido a que tienen una edad superior a las doncellas, se limitan a entrarlas del brazo en la plaza, como quien las presenta en sociedad, para traspasarlas a los cuatro jóvenes que van a bailar con ellas. (Antes bailaban los propios Obreros titulares, pese a la diferencia de edad.)

Una primera parte, de música lenta y ceremoniosa, transcurre bailando cada pareja con sus componentes cogidos de la mano. En la izquierda, el varón lleva la almorraja. De esta suerte se da la vuelta a la plaza. De vez en cuando, la doncella hace una especie de reverencia ante el joven. Se repite la misma música en una segunda parte durante la cual los dos jóvenes que forman cada pareja bailan separados, aunque la coreografía es prácticamente igual. En esta parte, la doncella aprovecha tener la mano derecha libre para ir abanicándose con donaire y gracia. Se da otra vuelta a la plaza. A continuación, los jóvenes varones que bailan van a

verter el perfume de la almorraja a los pies de las autoridades —antigua demostración de homenaje y acatamiento— y, acto seguido, ofrecen el vaso a su respectiva pareja. Las cuatro muchachas, recordando la leyenda del árabe y la cristiana, se dirigen al centro de la plaza y lo estrellan contra el suelo. Se dice que si la amorraja se rompe, la muchacha se casará en breve.

Acaba el baile con una música festiva, muy diferente de la anterior, conocida con el nombre de «Toquen a córrer», que tiene aire de marcha y es la misma que se toca durante la regata de la mañana. Las cuatro parejas dan diversas vueltas a la plaza, primero andando normalmente, luego dando pequeños saltos, más tarde saltando cada vez con más aire y rapidez y se van cogiendo del brazo primero de dos en dos parejas, luego las cuatro, quedando los ocho participantes en la danza alineados girando en torno a un punto central hasta que acaban dirigiéndose hacia un extremo del recinto, donde termina la danza.

El baile es contemplado anualmente por multitud de curiosos, dado que, en aquella época de verano, hay en Lloret unos 150.000 turistas. De todas formas, pese a esta presencia apabullante de personal de allende las fronteras y del cambio que ha supuesto para Lloret de Mar, aunque sea adaptándose a los tiempos, las tradiciones lloretenses se mantienen y la población sigue fiel a sus raíces.